

# DOMINGO VI DE PASCUA, CICLO A

## UN DEFENSOR QUE ESTARÁ SIEMPRE CON NOSOTROS

Por Alfonso Martínez Sanz

Lectura: Hechos 5, 5-8.14-17; I Pedro 3, 15-18; Juan 14, 15-21



1. La alegría verdadera es una virtud propia de los hijos de Dios. Que no esté alegre el que no se sienta hijo de Dios, venía a decir san Josemaría. Alegría que, para los cristianos, tiene matices distintos en cada tiempo litúrgico. En adviento, estamos alegres, porque esperamos al Mesías; en Navidad, porque el Niño Dios nos ha nacido; en cuaresma, el domingo llamado *laetare*, porque nos vamos aproximando a la Pascua; y en Pascua –tiempo en el que nos encontramos-, porque Cristo ha resucitado. Quien procura estar con Dios vive la alegría siempre, aun en medio de los problemas y las dificultades.

Qué consoladoras son estas palabras de San Juan Pablo II, pronunciadas en una alocución del año 1980: *sólo de Él, cada uno de nosotros puede decir con plena verdad, junto con san Pablo: me amó y se entregó por mí (Gal 2,20). De ahí debe partir vuestra alegría, de ahí ha de venir también vuestra fuerza y vuestro sostén. Si vosotros, por desgracia, debéis encontrar amarguras, padecer sufrimientos, experimentar incomprendimientos y hasta caer en pecado, que rápidamente vuestro pensamiento se dirija hacia Aquel que os ama siempre y que con su amor ilimitado, como de Dios, hace superar toda prueba, llena todos nuestros vacíos y empuja con entusiasmo hacia un camino nuevamente seguro y alegre.*

2. Podría decirse que este domingo VI de Pascua es como una fiesta de preparación para la gran Solemnidad de Pentecostés, que celebraremos dentro de dos domingos. Tal afirmación se fundamenta en que los tres textos bíblicos proclamados hoy nos hablan del Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad. Jesús, en el evangelio, promete que va a pedir al Padre que envíe a sus discípulos otro Defensor, el Espíritu de la verdad, *que estará siempre con vosotros*. Es el mismo Espíritu que hizo que Cristo-, que murió en la carne, –así lo enseña la segunda lectura- *volvió a la vida por el Espíritu*. Es también el mismo Espíritu del que habla la primera lectura, cuando dice que Pedro y Juan bajaron de Jerusalén a Samaría y *oraron por los fieles, para que recibieran el Espíritu Santo*.

La comunidad de discípulos formada por Jesús antes de la Ascensión, la Iglesia prepascual, gozaba de la presencia del Maestro, de su Fundador. Pero Cristo anuncia que se va a ir, por lo que los discípulos se quedan tristes y, aunque no de manera expresa, se preguntan qué va a ser de la Iglesia postpascual, de la Iglesia después de la subida de Cristo a los cielos. Ante esa situación y ante ese

interrogante, Jesús les invita a *no perder la calma* (evangelio del domingo pasado) y les promete que el Padre les enviará *otro Defensor, el Espíritu de la verdad* (evangelio de hoy), porque Él se lo pedirá al Padre.

3. Este Espíritu no es otro que el que descendió sobre Jesús en el Jordán, y el que vino sobre el Colegio Apostólico y María Santísima, el día de Pentecostés. Se trata de la tercera persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo y que es el Amor eterno e inmutable entre el Padre y el Hijo, y entre el Hijo y el Padre. Al Espíritu Santo lo recibimos el día de nuestro bautismo, al recibir la gracia santificante, y lo recibimos también, con la plenitud de sus dones, el día de nuestra confirmación, aunque por desgracia para muchos es el *Gran Desconocido*.

Él nos enseña toda la verdad que salva, actúa en nosotros y opera en nosotros nuestra propia santificación. Como dice Jesús en el evangelio de hoy, es nuestro Defensor y nos acompaña siempre. Nos defiende de las tinieblas del error y del pecado, dándonos inspiraciones para que veamos con claridad qué es lo que hemos de hacer para no apartarnos de Dios o, si lo hemos hecho, para decidir el *sí me levantaré y volveré a la casa de mi padre*. Nos defiende de los influjos del demonio y del ambiente materialista y secularizado que nos rodea, y que tiran de nosotros, queriendo conducirnos a comportamientos y modos de vivir contrarios al mensaje de Jesús. Nos defiende, enseñándonos *la verdad plena*, y nos ayuda con sus siete dones a ser fieles a Cristo y caminar por caminos de santidad. Como predicaba el Papa Francisco: *El Espíritu Santo es el don por excelencia de Cristo resucitado a sus Apóstoles, pero Él quiere que llegue a todos. Jesús, como hemos escuchado en el Evangelio, dice: «Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros» (Jn 14,16). Es el Espíritu Paráclito, el «Consolador», que da el valor para recorrer los caminos del mundo llevando el Evangelio. El Espíritu Santo nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anunciar la vida de Jesucristo.*

4. Como decía también san Josemaría, en **Es Cristo que pasa**: *si somos dóciles al Espíritu Santo, la imagen de Cristo se irá formando cada vez más en nosotros e iremos así acercándonos cada día más a Dios Padre*. De una manera semejante a como el Espíritu Santo, por las palabras de la consagración, convierte el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor, así nos va transformando en Cristo, si le somos dóciles.

La docilidad al Espíritu Santo va creciendo en la medida en que nos esforcemos por conocerlo más, por tratarlo con frecuente dialogo, pidiéndole sus inspiraciones y mociones o, a veces, con sencillas oraciones. También crece la docilidad al Espíritu Santo y, por ello, la transformación en Cristo, cuando cumplimos nuestros deberes para con Él que, en palabras de un autor moderno, son: *presentarle nuestros homenajes de adoración y amor. Pedirle sus virtudes y sus dones, tan importantes en la vida cristiana. Evitar cuanto pueda disgustarlo, y sobre todo el expulsarlo de nuestra alma por el pecado mortal: no contristéis al Espíritu Santo*, nos alerta San Pablo.

5. Que la Virgen, esposa fiel del Espíritu Santo, no ayude a ser dóciles al Espíritu Defensor que nos envió el Padre, porque Cristo se lo pidió.